

SEGURIDAD PÚBLICA Y NARCOTRÁFICO

Raúl OLMEDO CARRANZA*

En recientes encuestas que el Instituto Nacional de Administración Pública (INAP) está realizando en los municipios del Estado de México sobre seguridad pública destaca la alta correlación entre consumo de drogas y actos delictivos. Un alto porcentaje de los reclusos menores infractores y de reclusos adultos son consumidores de droga. Entre la población existe la percepción de que la policía y los distribuidores de drogas al menudeo existe colusión y, en consecuencia, de que la denuncia ciudadana no sólo es inútil sino hasta peligrosa para el denunciante.

Hoy en día la seguridad pública depende en gran medida de la resolución del problema del narcotráfico y del narcomenudeo.

Llama la atención que el reporte de la consultoría que el gobierno del Distrito Federal contrató al Grupo Giuliani (2003) sólo mencione, dentro de las 146 recomendaciones que hace, la siguiente recomendación número 32:

Drogas

32. Control de la distribución de droga:

El actual esquema de competencias y de sanción debería ser revisado porque dificulta enormemente la actuación efectiva de las policías en contra de la proliferación de la venta de droga en la ciudad. En el caso de las sanciones sería conveniente evaluar el aseguramiento de los bienes de aquellos que facilitan instalaciones o vehículos a los vendedores de droga en la vía pública, así como revisar el criterio para definir si el detenido es adicto-consumidor o es distribuidor.

Esta medida está sujeta a una reforma legal.

* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

En efecto, parte del problema del narcotráfico radica en la extremadamente centralizada distribución de competencias entre los gobiernos federal, estatales y municipales y en el deficiente marco jurídico en general en materia de seguridad pública. El municipio carece de facultades reales para reducir los actos delictivos dentro de su territorio. Las comunidades vecinales, que son el contenido del municipio, mucho menos tienen facultades para organizarse en función de reducir la inseguridad pública.

Un reciente estudio sobre experiencias municipales de seguridad pública, publicado por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), señala:

En México, al igual que en otros países de la región, la urgencia de las demandas ciudadanas por mayor seguridad pública se ha disparado súbitamente en los últimos 10 años, a la par que el número de grupos afectados por el problema. De este modo, en el contexto de una creciente descentralización de los procesos de gobierno en México, el control del crimen y la inseguridad se han convertido para los gobiernos municipales en una nueva y prioritaria tarea, adquiriendo igual relevancia en términos políticos que, por ejemplo, los servicios de agua o luz. Pero, por su propia naturaleza, el “servicio” de seguridad pública local es mucho más complejo de brindar, y adolece no sólo de una cobertura satisfactoria sino también de soluciones rápidas y eficaces. A la gran mayoría de los municipios los rebasa la gran dimensión de esta tarea.¹

Por la incidencia del narcotráfico, y de la constelación de intereses alrededor del narcotráfico, en la creciente inseguridad pública podría ser interesante hacer algunas reflexiones sobre este fenómeno. Además, nos muestra cómo la relación y retroalimentación entre el sistema del narcotráfico y el sistema gubernamental de seguridad pública genera efectos contraproducentes y contrarios a su finalidad original que era reducir el narcotráfico para elevar el grado de la seguridad pública. Esta inversión de la finalidad original y sus efectos contrarios (aumentar la inseguridad pública en vez de reducirla), propia de las instituciones públicas de la sociedad industrial, que fue estudiada ampliamente por el sociólogo Iván Illich desde principios de la década de 1960, podría contribuir a la comprensión del fenómeno de la creciente inseguridad pública y a la búsqueda de estrategias alter-

¹ Rowland, Allison M., “La seguridad pública local en México: una agenda sin rumbo”, en Cabrero, Enrique (coord.), *Políticas públicas municipales. Una agenda en construcción*, México, Porrúa, 2003, p. 343.

nativas, que pudieran traducirse en un marco jurídico de la seguridad pública más adecuado:

1. Hasta ahora todas las estrategias mundiales y nacionales destinadas supuestamente a combatir la producción, la distribución y el consumo de las diferentes drogas no sólo han fracasado sino que han alentado e incrementado —inocente o intencionalmente— el fenómeno de la droga. Es por ello que hoy en día está creciendo con fuerza la opinión de que es necesario despenalizar el consumo y adoptar estrategias no represivas —o al menos estrategias diferentes— en la producción y la distribución. Tarea compleja.

A pesar de los enormes esfuerzos y vidas que los países latinoamericanos han gastado en los últimos veinte años para reducir la producción, el tráfico y el consumo de drogas, el fenómeno sigue aumentando. Desde hace algunos años los gobiernos han sentido la necesidad urgente de revisar las estrategias. Nos encontramos hoy en un punto crucial en el que ya no es sostenible continuar con los mismos enfoques ni las mismas estrategias de combate.

El fenómeno de la droga ha penetrado las esferas de la economía, de las finanzas, de la política, de las costumbres sociales y de la cultura. No sólo se ha “globalizado” o internacionalizado sino que se ha diversificado y ha invadido la vida social del planeta. Ya no es un fenómeno aislado que deba tratarse de manera aislada. El sistema industrial mundial “funciona” ya en buena parte con base en el sistema de la producción, tráfico y consumo de drogas.

El narcotráfico no puede seguir siendo visto como un mal social que podría ser erradicado con la sola voluntad política de hacerlo. En la opinión mundial crece poco a poco la hipótesis de que es el propio sistema industrial mundial el que genera al fenómeno del narcotráfico como uno más de sus efectos contraproducentes y que acaba alimentándose y sobreviviendo gracias al propio narcotráfico. Por esta razón, la lucha aislada contra el fenómeno de la droga sería una lucha de antemano perdida. Si el fenómeno de las drogas es parte de la crisis del sistema industrial mundial tendríamos, en consecuencia, que unir la lucha contra las drogas con la crítica al sistema industrial mundial.

2. Si no fuera por el subsistema económico y político de la droga posiblemente el mundo habría entrado en una convulsión hace ya dos dé-

cadavres por lo menos. Recordemos que el problema de la droga, como fenómeno masivo, data aproximadamente de 1968, año de una rebelión cultural sin precedentes. La droga contribuyó a pacificar a los rebeldes de entonces. Apagó la energía revolucionaria de los jóvenes contestatarios del sistema.

De entonces a la fecha las condiciones de la rebelión no se han extinguido. Por el contrario, se han vuelto más propicias para la crítica. En América Latina la “década perdida”, la de los ochenta, empeoró la situación social. Ya pasamos la segunda, la de los noventa, y nos encaminamos hacia la tercera década perdida, la del 2000. En los países altamente desarrollados el malestar no es menos intenso, aunque cualitativamente diferente. El desempleo crece, la cantidad de menores de edad que tiene que trabajar por salarios miserables y hasta prostituirse aumenta. La decepción por el sistema económico invade el estado de ánimo de los jóvenes.

El potencial de rebelión ha crecido en la medida en que la crisis del sistema industrial se intensifica. Para apagar “pacíficamente” la rebelión, para apagarla desde su estado potencial, la droga es un arma muy eficiente. La muerte en chiquito, la muerte gradual, es más civilizada, impersonal (no focaliza a un país o a un presidente), o si se personaliza lo hace en la figura del narcotraficante, persona privada, perteneciente a la propia sociedad civil.

En la opinión pública de los países más afectados por las políticas represivas contra los productores y traficantes locales de droga, como Colombia, Bolivia y Perú, crece la sospecha de que los países altamente industrializados están sometiendo a los países subdesarrollados a este tipo de guerra civil permanente con el objetivo de que su potencial y su fuerza de indignación y de rebelión contra la ya larga crisis económica que está empobreciendo a porciones cada vez más grandes de la población y ampliando las desigualdades sociales, se desvíe, resuelva y desgaste bajo la forma de lucha contra el narcotráfico en el interior de esos países, y así se evite el que se dirija contra las verdaderas causas del problema y contra el sistema industrial mundial, que es la razón última del narcotráfico.

La sociedad de estos países está harta de verse sometida a una guerra civil permanente que ha cobrado ya demasiadas víctimas sin que el problema del narcotráfico se haya resuelto. Por el contrario, el problema tiende a crecer en el mundo. En consecuencia, la guerra civil revela ser un sacrificio innecesario al que siguen obligando las presiones internacionales. El negocio de la droga sólo puede explicarse en términos internacionales, donde el

consumo (sobre todo de los países ricos) determina a la producción, de manera que el factor determinante del problema se halla fundamentalmente fuera de los países productores. En todo caso, los países productores de droga no ven por qué solamente ellos tengan que ser sometidos a un sacrificio tal y en cambio los países altamente consumidores no paguen también su cuota de sacrificios y de guerras civiles semejantes.

3. Desde el punto de vista de las ganancias de los distribuidores de droga, diversos autores estiman que más del 95% de lo que paga un consumidor de cocaína en Estados Unidos es retenido por los distribuidores de ese país. Con semejante margen de ganancia, las acciones represivas tienen un impacto mínimo en el precio final de venta.

Este dato es muy importante para comprender el fenómeno creciente del narcotráfico. En una economía normal, las ganancias de los vendedores o distribuidores representan sólo una porción del precio final de venta del bien o servicio. En las economías desarrolladas, como la de Estados Unidos, representa alrededor del 10%. En cambio, en la economía ilegal, subterránea o anormal del narcotráfico la porción del precio al consumidor alcanza el 95%. Esta “inversión” de la relación entre el costo de producción y la ganancia en la distribución deriva justamente de la ilegalidad de la producción, distribución y consumo de la droga, por un lado, y del riesgo que corren los productores pero sobre todo los distribuidores. En general, tanto el costo de producción de la materia prima (mariguana, coca, etcétera) como el costo del procesamiento representan una mínima fracción del precio de venta al consumidor.

La ilegalidad, la prohibición y la represión son los factores que elevan desproporcionadamente el precio de mercado y, en consecuencia, las ganancias de los distribuidores. ¿A quién favorece entonces la ilegalidad, la prohibición y el combate al narcotráfico? A los distribuidores. ¿Quiénes serían los más interesados en intensificar el combate al narcotráfico? Los propios narcotraficantes, incluyendo a sus protectores. En la distribución se alían diversos intereses que se reparten la ganancia.

4. La extensión del consumo de drogas corre en paralelo con la expansión de la producción y del tráfico de las drogas, creando un auténtico “círculo vicioso”: la producción y el tráfico alimentan y alientan el deseo de consumir, y el consumo alienta el deseo de producir y trafi-

car. El “deseo” juega un papel extraordinariamente importante. Como Nietzsche lo explicó, el deseo es el resultado de la lucha de poderes y el resultado de procesos de producción, tráfico y consumo.

Quien haya visto la televisión sabe, o por lo menos intuye, que la televisión es hoy en día la gran máquina productora de deseos: deseos de consumir tal o cual mercancía, deseos de asumir tal o cual comportamiento. Aún más, la televisión —y en general los medios masivos de comunicación— constituyen la primera droga, la droga madre de las demás drogas, porque es la que produce deseo, deseo de ser, deseo de consumir, deseo de comportarse como lo impone el modelo o el prototipo que aparece en la pantalla. La televisión genera una triple adicción: a) la adicción a ver y escuchar la propia televisión, b) la adicción al deseo como motivación del comportamiento (querer ser como el modelo o prototipo que aparece en la pantalla), y c) la adicción a desear consumir lo que aparece en la pantalla.

El deseo de morir y de matar es la principal producción de la televisión. La violencia como máxima diversión genera la búsqueda de la violencia. Que el consumo de drogas constituye un deseo de morir, de matar y de violentar, todos lo sabemos. Lo saben, sobre todo, los drogadictos. Valoramos la pulsión de muerte como buena, como deseable, como placentera, porque existen poderes que nos conducen a ese modo de valoración.

El desencanto por un sistema industrial que genera destrucción del medio ambiente, pobreza, enfermedades como el SIDA, es también un factor que contribuye al deseo de morir. El desencanto por el derrumbe de modelos y paradigmas sociales que se creían más humanos podría intensificar el deseo de muerte. El derrumbe de los países socialistas desvanece uno de los modelos que daban esperanza a la juventud. Decepción por el capitalismo y decepción por el socialismo. La juventud, por primera vez en casi dos siglos (pensando que la alternativa del socialismo toma cuerpo a principios del siglo XIX), se halla hoy en día en un “callejón sin salida”. Esta doble decepción —por el capitalismo y por el socialismo— incita a una rebelión de nuevo tipo. La decepción por el sistema industrial (tanto en su forma capitalista como en su forma socialista) engendra ahora la rebelión contra el sistema industrial. La rebelión ha cambiado de terreno de lucha. Los socialistas se equivocaron: no debieron haber luchado solamente contra el capitalismo sino contra el sistema industrial. Su lucha contra el capitalismo convirtió al socialismo en un capitalismo industrial de Estado.

5. El uso y abuso de drogas es en buena parte un efecto de la iatrogenia del sistema de salud: el sobreconsumo de medicamentos y de tranquilizantes al que nos hemos habituado desde que nacemos favorece —y hasta es parte de— la drogadicción. El consumo iatrogénico (contra-productente) de medicamentos y tranquilizantes es incluso un factor importante de los déficit presupuestales de los sistemas de salud de los gobiernos.
6. Cuando hablamos de drogas y de narcotráfico pensamos de inmediato en la devastación que esta epidemia, moderno jinete del Apocalipsis, provoca en la salud física y mental de las personas y en la deformación que causa en las organizaciones sociales (familia, comunidad, nación). Pero poco reflexionamos sobre los daños, tal vez irreversibles, que la producción de estupefacientes provoca en la naturaleza sobre la cual se basa la existencia de la especie humana.

La destrucción de plantíos y cultivos de estupefacientes tiene una lógica perversa. Mientras más hectáreas destruyen los ejércitos en el mundo, más hectáreas tienen que cultivar los productores de estupefacientes, de manera que la cantidad de hectáreas que finalmente se dedican al cultivo en el mundo tiende a aumentar casi en forma exponencial (en espiral). Mientras exista una demanda y un consumo determinados de estupefacientes (que también tiende a aumentar en el mundo) los productores tendrán que cultivar la cantidad de hectáreas que les permitan satisfacer la demanda del mercado y además tendrán que cultivar la cantidad de hectáreas que el ejército destruirá.

Ahora bien, los productores tienden a cultivar en zonas que sean difíciles de detectar por el ejército, generalmente bosques y selvas. Y tienen que arrasar poco a poco esos bosques y selvas para cultivar los estupefacientes, lo cual intensifica el proceso de destrucción de bosques y selvas naturales y el proceso de erosión del planeta y de su ecología. La destrucción de cultivos por el ejército se hace por lo general con sustancias químicas que envenenan y esterilizan la tierra.

Así, tanto por el lado del cultivo como por el lado de la destrucción del cultivo, el narcotráfico está acabando con la ecología que hace posible la vida humana. El narcotráfico (que como fenómeno comprende la producción, la distribución y el consumo de estupefacientes) no sólo está destruyendo a la humanidad sino a la naturaleza sobre la cual sobrevive la humanidad.

Si los gobiernos y los ejércitos ya no destruyeran cultivos —lo cual supondría legalizar el uso de estupefacientes— por lo menos se reduciría significativamente la destrucción del planeta porque los productores sólo cultivarían las hectáreas suficientes para cubrir el consumo. Y también se reduciría el consumo en la medida en que habría menos personas involucradas en la producción y en la protección de los narcotraficantes que pagan ese servicio con droga.

7. Uno de los aspectos asociados al tráfico de drogas es el tráfico de armas. Existe todo un ejército subterráneo con las armas y vehículos más poderosos que protege al narcotráfico pero que podría convertirse en cualquier momento en ejército de obediencia a causas políticas en el afán de los narcotraficantes de dominar al mundo.

La lucha contra el narcotráfico se ha vuelto una guerra civil en cada país y una guerra mundial a la vez. Y esta guerra es alimentada en parte por los fabricantes y los traficantes de armas. En febrero de 1992, al concluir, en San Antonio, Texas, una cumbre de presidentes de varios países latinoamericanos con el presidente estadounidense George Bush (padre), el mandatario mexicano, Carlos Salinas, explicó que en los últimos tres años su gobierno había destruido más de 56 mil hectáreas de estupefacientes, y que había decomisado drogas en 1991 cuyo valor equivaldría en las calles donde se consume el doble de la deuda externa de México. Dijo también que se habían detenido a más de 60 mil presuntos delincuentes asociados con el narcotráfico y que se habían incautado más de 20 mil armas y casi 10 mil automóviles. A estas cifras del presidente mexicano habría que añadir otros vehículos como aviones, helicópteros, lanchas y barcos. En todo caso, el alto poder armado de los narcotraficantes constituía ya desde entonces un verdadero ejército sin control por parte del Estado ni de la sociedad y al mando de intereses particulares.

8. Resta saber si el poder del narcotráfico mundial, sostenido y alimentado por el complejo tejido de intereses que se benefician de él, no ha llegado al punto en que ya no es posible dominarlo.